

AYOUSH LAZIKANI

LA LUNA MEDIEVAL

UNA HISTORIA DE EMBRUJOS
Y BENDICIONES

Traducción de Amelia Pérez de Villar



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección HISTORIA Y PENSAMIENTO, 64

Título original: *The Medieval Moon. A History of Haunting and Blessing*

Publicado originalmente por Yale University Press

© Del texto, Ayoush Lazikani, 2025

© De la traducción del inglés, Amelia Pérez de Villar, 2026

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre, 2026

Publicado por PUNTO DE VISTA EDITORES

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 979-13-87624-58-3

Thema: NHDJ

Depósito legal: M-20047-2026

Impreso en España

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

NOTA SOBRE CITAS, ILUSTRACIONES Y FECHAS	9
INTRODUCCIÓN	11
Lunas que embrujan, lunas que bendicen	11
Este libro de las lunas medievales	12
Una reacción alquímica con el pasado	15
¿Lunas «medievales»?	16
Una Edad Media global	18
1. LUNA DE ACERTIJOS Y MISTERIOS	23
La luna como planeta	28
Aspecto y cualidades de la luna	29
Influencia sobre la tierra	33
Deidades	38
2. LUNA DE VIAJES Y AVENTURAS	45
Breve interludio: Luciano de Samosata	46
Diario de una mujer japonesa	47
El hombre de la luna: un cuento folclórico europeo	50
La pérdida de la cordura: la épica italiana	56
La princesa de la luna: ficción japonesa temprana	60
3. LUNA DE PROFECÍAS Y SEÑALES	69
Primera parte: predecir el futuro	70
Segunda parte: señales religiosas	85
4. LUNA DE ENFERMEDADES Y REMEDIOS	97
El hombre del zodiaco	98
La luna en la medicina islámica medieval	101
Los lunarios en la Inglaterra medieval	102
Administración de medicinas y prácticas quirúrgicas	107
El rey Luna y la enfermedad de la consunción	109
La enfermedad mental y la luna	111
Resolver las disputas	114
5. LUNA DE TRISTEZAS E ILUSIONES	117
Eclipses	118
El lobo que persigue	122

El engaño del elefante	123
El engaño del lobo	125
El caso de los acantilados que desaparecían	127
Mujeres abandonadas	130
El misterio de la fiesta que faltaba	135
La luna de la vergüenza	136
La luna bajo los pies	138
<i>Pearl</i> : el dolor de un padre	141
6. LUNA DE AMORES Y ABRAZOS	145
Un poeta galés	145
Poesía amorosa hispano-árabe	148
<i>Layla y Majnun</i>	150
Los sufíes	154
Mirābāī	162
EPÍLOGO. LUNA DE MUNDOS Y DE HISTORIAS	167
La tierra de la luna	171
Los ritmos de la luna	172
Una iglesia-mezquita	173
APÉNDICE. TRADUCCIONES DE LIBROS LUNARES Y POEMAS SUFÍES	
DEL INGLÉS MEDIO	175
Extractos del <i>Libro de Hipócrates</i>	175
Extractos de <i>El verdadero conocimiento de la astrología</i>	178
Extractos de <i>La luna de Ptolomeo</i>	183
Extractos de «A él, que escucha atentamente»	184
Extractos del <i>Libro del Destino</i> de John Metham	192
Extractos de «Aries, <i>prima mansio</i> »	197
Extractos de «Para viajar»	203
«Canción de luna I» de Al-Shushtari	203
«Canción de luna I» de Al-Shushtari	205
«La niña de la luna»	206
AGRADECIMIENTOS	207
BIBLIOGRAFÍA	209
NOTAS	237

Nota sobre citas, ilustraciones y fechas

Salvo las citas del texto en inglés medio (que se hablaba desde 1100 *hasta* 1500, aproximadamente) o en inglés moderno temprano (desde 1500 hasta 1700), lo habitual es que se aporte la traducción de las citas con el fin de hacer el texto accesible a un abanico más amplio de lectores. Las notas finales, no obstante, ofrecen referencias a los textos en idioma original para aquellos lectores que deseen profundizar en ellas. El sistema de romanización empleado para las palabras que proceden de lenguas que no utilizan el alfabeto romano es el que especifica la Biblioteca del Congreso: <https://www.loc.gov/catdir/cpsd/roman.html>.

En cuanto a las imágenes que no están incluidas en el libro, he dirigido a los lectores a los sitios donde pueden disponer de ellas en línea y sin cargo. A pesar de todo, hay casos en los que no ha sido posible.

Para que los lectores puedan seguir el texto con facilidad, he empleado el sistema de fechas del calendario gregoriano.

Introducción

Comenzamos esta historia con dos personas de hace muchos siglos que miran a la luna (láminas 1 y 2). La primera imagen es de un manuscrito inglés del siglo XII y muestra a un estudioso que observa la luna allá en lo alto: con la mano extendida examina el cuerpo celeste. La segunda imagen es de un papiro chino del siglo XV o XVI, durante la dinastía Ming, que también representa a un estudioso mirando la luna: en este caso, sentado en un pabellón, contempla la luna arrojando. Como estos dos estudiosos de distintas partes del mundo, nosotros también vamos a contemplar la luna para poder contar su historia. O, mejor dicho, para contar un sinfín de historias. Porque no hay una única «luna medieval». Hemos encontrado varias.

LUNAS QUE EMBRUJAN, LUNAS QUE BENDICEN

En el mundo medieval, las lunas embrujaban, pero también bendecían. En la Edad Media, cuando contemplaban la luna allá en el cielo, como nuestros dos estudiosos, las gentes de todo el mundo veían un objeto que era poderoso, frágil, distante, íntimo, amenazador, tierno, incognoscible, legible y, en ocasiones, todo a la vez. En la Edad Media, la gente manejaba un amplio abanico de ideas y actitudes en torno a la luna, que podía representarse como un ser animado, masculino o femenino, o inanimado. Al leer cualquier texto u observar las pinturas y artefactos que nos han llegado de esa época, podemos ver su complejidad por todas partes. La luna tenía que ver con el amor, la belleza y la amabilidad; pero también podía relacionarse con el dolor, el odio y la violencia. En todo el planeta, la luna desempeñaba un papel fundamental a la hora de

encontrar sentido al mundo, y ofrecía un espacio para gestionar ideas complejas o emociones intensas. El mundo medieval ofrece un rico lienzo de historias sobre la luna en todos los idiomas y culturas de una época que abarca desde el año 700 al 1600 de nuestra era, y este libro cuenta esas historias que se atisban. Porque hay historias sobre la luna contadas desde una gran variedad de ángulos: acertijos, enigmas, viajes, aventuras, profecías, señales, enfermedades, remedios, penas, delirios, amores, aceptación, universos y cuentos. Y mucho más.

Por distante que parezca, la luna ofrecía a la gente muchas ocasiones para enriquecer sus reflexiones sobre la tierra y la vida en ella. A fin de cuentas, se creía que la luna tenía una gran influencia sobre la vida terrestre, desde el crecimiento de los árboles o el movimiento del mar hasta la salud y el funcionamiento del cuerpo humano. Además, la luna tenía una especial afinidad con la imaginación, tal y como la encarnan y celebran tantas formas de expresión artística y literaria. La vinculación de la luna con la imaginación literaria es intensa y perdurable. Como dijo Edgar Williams, «prácticamente cualquier escritor conocido tiene algo que decir sobre la luna o ha aprovechado sus características para que sirvan de escenario a algún fragmento de su obra, ya sea una escena romántica, a la luz de la luna, o una noche sin luna, oscura y fantasmal, o una luna llena sobrenatural».¹ La poeta Carol Ann Duffy, que ha editado una antología de poemas sobre la luna, afirma que «la luna siempre siempre ha sido y siempre será la imagen a la que más valor otorgan los poetas».² Como veremos, la luna se considera un enigma en sí: es un artefacto que invita a que lo descifren e inspira un sinfín de respuestas, complejas y a veces contrapuestas, en todas las culturas.

ESTE LIBRO DE LAS LUNAS MEDIEVALES

En este libro sobre lunas,³ escribo para aquellas personas a las que tal vez el mundo medieval y sus manifestaciones literarias o artísticas no les resulten familiares. Espero que al

contar estas historias sobre las lunas medievales esos lectores accedan al espacio maravilloso y cautivador de los textos y las imágenes de la época. Pero no solo eso: también espero que este libro resulte útil a todos aquellos que están más familiarizados con los idiomas, la literatura y el arte de la Edad Media. Hablaré de las lunas medievales a través del análisis de una amplia gama de fuentes internacionales, escritas o visuales, de procedencia global, inscritas en las tradiciones árabe, china, inglesa, francesa, alemana, india, italiana, japonesa, coreana, latina, maya, noruega, persa, polinesia y galesa, entre otras. Todas estas fuentes revelan la complejidad de las interpretaciones que los habitantes del mundo entero, entre los años 700 y 1600 de nuestra era, dieron a la luna y la forma en que se relacionaron con ella.

Existen muchos libros excelentes que ofrecen historias genéricas sobre la luna, pero no se centran en el periodo medieval; hace falta un enfoque más centrado en la Edad Media, que es el que este libro trata de cubrir.⁴ Las razones para que exista esa laguna en los tratados de que disponemos son complejas: la expresión, tan problemática y por fortuna ya en desuso, de «Edad Oscura» sigue latente en Europa en algunos enfoques del mundo medieval, que llevan a pensar que el Renacimiento y luego el Siglo de las Luces fueron etapas que pusieron una luz que hacía mucha falta en un momento lúgubre y sombrío. Pero, como pretende demostrar este libro, el mundo medieval distaba mucho de ser oscuro. Fue un periodo de inmensa riqueza cultural e intelectual, y este libro tratará de demostrarlo asumiendo una perspectiva global. Mi esperanza es que el libro consiga reconocer y celebrar una serie de regiones, culturas y tradiciones que conformaron el mundo medieval, superando las fronteras de Europa o de «Occidente».

Vamos a trazar la hoja de ruta: en esta introducción trataremos las definiciones y la metodología que están en el núcleo de cada capítulo. El capítulo 1 ofrece una visión general de las formas en que vieron la luna los distintos pueblos del

Medievo. Presenta un debate sobre la forma en que se puede estudiar la luna, como enigma medieval, de varias formas posibles: no tiene un significado claramente definido, sino que inspira una serie de enfoques posibles muy interesantes, y está fuertemente vinculado a la imaginación. El capítulo 2 se centra en los viajes y otras aventuras medievales relacionados con la luna; defiende que los relatos de viajes imaginarios a la luna o desde ella y las aventuras que llevan aparejadas posibilitan una reflexión sobre las inestables fronteras que separan «lo nuestro» de «lo otro» en las diversas culturas, y que los pueblos medievales emplearon estos relatos como un modo de involucrarse en la crítica sociopolítica y las ideas del exilio. El capítulo 3 se centra en la percepción que se tenía de la luna como artefacto capaz de emitir profecías o predecir acontecimientos futuros, incluso de actuar como señal de la verdad divina; trata del papel fundamental que desempeñó la luna en la forma en que la gente del Medioevo leía los significados ocultos de lo que percibía en su mundo. El capítulo 4 reflexiona sobre la asociación de la luna con enfermedad y sanación en contextos médicos y espirituales; expone la percepción que se tenía de la luna como elemento muy vinculado, y de modo muy visceral, con el cuerpo y la mente del ser humano en todas las culturas, lo que dio lugar a una serie de prácticas de sanación muy bien documentadas. El capítulo 5 considera el modo en que la luna puede influir en el estado de ánimo de las personas, provocando tristeza, debilidad y cambios de humor, y explica que en la Edad Media la gente utilizaba la luna para reflexionar sobre sus experiencias dolorosas o evadirse de ellas. El capítulo 6 estudia la asociación que los pueblos medievales establecen entre la luna y el amor, convencidos de que la luna era un vehículo para expresarlo o imaginar al ser amado, una idea que los místicos aprovechan para expresar el amor divino. El capítulo 7, a modo de epílogo, termina con tres fuentes más que muestran cómo los pueblos medievales aprovecharon los poderes imaginarios de la luna para contar historias y

crear mundos nuevos. Este capítulo final va seguido de un apéndice con traducciones de «libros lunares» (o lunarios) y poesía sufí, que se tratan en los capítulos 3, 4 y 6.

UNA REACCIÓN ALQUÍMICA CON EL PASADO

Naturalmente, la literatura que ha sobrevivido también puede decirnos mucho sobre los pueblos medievales, sobre todo si tenemos en cuenta que el analfabetismo —definido a grandes rasgos como la ausencia de habilidades para leer y escribir textos— estaba mucho más extendido, a escala global, de lo que está hoy en día. En los primeros tiempos de la Edad Media, la producción de manuscritos (por ejemplo, en las Islas Británicas) correspondía casi siempre a frailes y monjas. Posteriormente, aún en la Edad Media, en estas regiones aumentó la alfabetización gracias a la implantación de universidades y la posesión, más habitual, de manuscritos. Sin embargo, todavía no puede decirse que los textos sean un reflejo de todas las capas de población de la época.⁵ También tendremos problemas si esperamos que el arte o los artefactos sean un espejo perfecto del mundo medieval. Algunos artefactos y obras de arte de los que han sobrevivido son muy lujosos, y no pueden considerarse representativos de todos los estratos de una sociedad. Se puede incluso apreciar una tendencia a simplificar un mundo medieval que era bastante complejo. Del mismo modo que en la actualidad hay muchas creencias distintas y muchas formas de ser y de ver, en la Edad Media no encontraremos una única representación de lo que la gente sentía o pensaba en el momento. Es más: toda forma de acercarse al periodo medieval es inevitablemente parcial y limitada. Cuando miramos hacia la Edad Media, lo hacemos a través de las sombras y de la luz mortecina que ha impuesto la información que nos ha llegado: fragmentaria, sesgada o, simplemente, perdida.

Podemos afirmar, sin embargo, que estas limitaciones no estarían fuera de lugar en un libro sobre la luna: miramos hacia la Edad Media a través de la luz de luna, una luz imperfecta

y por ello llena de significado. En palabras de James Attlee, la luz de luna es «alquímica», puesto que «no revela en un sentido estricto, puramente visual, sino que transforma, cambiando colores y contornos gracias a su luz, que también cambia de forma».⁶ Un explorador del pasado hace lo mismo. Con cada intento de llegar a la gente de otras épocas, desaparecida hace tanto tiempo, no solo estamos derramando luz sobre ella: más bien nos estamos embarcando en un intercambio alquímico muy sutil con estas personas, y en cada momento de conexión creamos nuevos colores y nuevos significados, siempre en función de quién participe. La historia de este libro es simplemente eso: una reacción alquímica con las fuentes específicas que tenemos a nuestro alcance.

¿LUNAS «MEDIEVALES»?

En este libro, el término *medieval* se utiliza como genérico, aunque eso represente ciertos problemas. Para empezar, se emplea para cubrir muchos siglos, desde el año 700 hasta el 1600, lo que es una extensión de tiempo respetable. No nos sorprenderá que durante nueve siglos se produjeran cambios muy profundos en todos los aspectos de la vida. También debemos recordar que el término *medieval* designa diferentes periodos según las regiones y culturas. En Europa occidental y en las regiones islámicas suele referirse al periodo comprendido entre los años 500 y 1500 n. e. La literatura medieval rusa, también llamada «antigua literatura rusa», se escribió entre los siglos XI y XVII. En China, lo «medieval» comienza con la caída del Imperio Han, en el año 220 n. e., y se extiende hasta la caída de la dinastía Yuan en el año 1368, también de nuestra era.⁷ La horquilla temporal que he seleccionado, entre el 700 y el 1600, permite que se establezcan contactos entre distintas culturas «medievales», sin necesidad de quedar delimitadas a una división estricta por periodos. Aunque si ponemos el punto final en el año 1600 el periodo medieval se adentra en lo que se conoce más bien como «principios de la

edad moderna», para establecer un límite artificial entre lo medieval y lo moderno.

El término *medieval* es, en latín, lo que en inglés se llama «Edad Media», y tanto «medieval» como «Edad Media» son denominaciones que traicionan a su propia rareza en cierto modo, dado que se refieren al punto medio entre el mundo antiguo y el Renacimiento. Pero esta es una forma poco honorable de considerar a cualquier periodo de la historia, simplemente como un punto medio entre otros dos periodos, porque degrada a esos siglos que tuvieron una cultura inmensamente rica y sofisticada, tanto en materia de pensamiento como de desarrollo.⁸ Y esto nos lleva a otro problema fundamental con el término *medieval*, que se emplea fundamentalmente para describir las culturas europeas y, cuando se aplica sin meditarlo mucho a otras culturas aquí estudiadas, como la japonesa, china, india, polinesia o mesoamericana, entre otras, resulta muy problemático. Deberíamos intentar escuchar a cada cultura con la sensibilidad necesaria, empleando la terminología que se ha generado y ha surgido en su seno. Pero también estoy de acuerdo con Jonathan Hsy a la hora de «disociar activamente el término *medieval* de un marco exclusivamente europeo».⁹ En resumen, aunque en este libro se emplea el término *medieval*, deberíamos tener en cuenta las dificultades que entraña esta nomenclatura.

Dentro de esta amplia franja temporal, desde el año 700 al 1600, pensaremos espontáneamente en el tramo final del periodo, tradicionalmente definido como «principios de la edad moderna», hasta Galileo Galilei (1594-1642) y William Shakespeare (1564-1616). Su papel en la historia de la luna no puede pasar inadvertido. La contribución de Galileo al conocimiento científico de la luna fue verdaderamente fundacional.¹⁰ Las obras de Shakespeare están llenas de referencias y significados relativos a la luna, patentes sobre todo en *El sueño de una noche de verano*: un universo iluminado por la luz de la luna, donde se la cita en al menos cincuenta y dos ocasiones y que incluso tiene un personaje llamado Claro de

Luna dentro de la obra que se representa en el acto V, escena 1. Desde el comienzo mismo, Teseo habla sobre la luna nueva («¡Oh, cuán lenta me parece en menguar la vieja»), e Hipólita responde que «la luna, semejante a un arco de plata recién tendido en el cielo, alumbrará la noche de nuestras solemnidades» (acto I, escena 1). La luna está presente en muchas otras obras de Shakespeare: Otelo se refiere a «la locura de la luna»: «¡Es el efecto de la desvariación total de la luna! Se aproxima a la tierra más que de costumbre, y vuelve locos a los hombres» (acto V, escena II). Las brujas de *Macbeth* preparan una poción «con luna eclipsada» (acto IV, escena I). En *La tempestad*, Calibán es un *mooncalf* (literalmente, «un ternero deforme», palabra que se aplica a una persona que ha nacido con alguna deficiencia), una criatura en cuyo nacimiento influyó la luna; y Antonio se refiere al mito del «hombre de la luna» (acto II, escena 1). En *Ricardo II*, la luna es parte del presagio de los cielos: «los meteoros hacen que se oculten de espanto las estrellas fijas en el cielo; la luna de pálido rostro lanza resplandores sangrientos sobre la tierra» (acto III, escena IV).¹¹ Pero parte del objetivo de este libro es dar relieve a algunas obras menos conocidas del periodo comprendido entre 700 y 1600, porque El Bardo no fue el único autor que contribuyó al acervo lunar a lo largo de los siglos. Así que aunque Galileo y Shakespeare merecen un reconocimiento, porque son los dos principales contribuyentes al mito de la luna, no van a ser el punto focal de esta obra.

UNA EDAD MEDIA GLOBAL

En este libro me interesa lo que se ha dado en llamar «Edad Media global», una expresión acuñada por Geraldine Heng.¹² Me he sentido impulsada a mirar hacia afuera, lo que en mi caso significa más allá de la Islas Británicas. Con este enfoque nos topamos con varios problemas: todo intento de «mirar hacia afuera» desde Europa acaba situando a Europa y a Occidente en el centro, o en la norma. Además, yo he recurrido

al inglés para analizar textos de una serie de regiones escritos en diversos idiomas, lo que conlleva otra serie de limitaciones, porque el uso del inglés no solo implica el riesgo de uniformizar estas tradiciones tan diversas, sino que es el idioma de una historia dolorosamente colonialista. La cobertura del tema en este libro, naturalmente, no es perfecta: algunas tradiciones reciben más atención que otras debido a las fuentes existentes, y las hay que, como las gaélico-irlandesas o las eslavas (por citar solo un par), no se han tenido en cuenta.

Al asumir un enfoque global, podemos destacar dos metodologías: la perspectiva aérea, o vista de pájaro, y la mirada múltiple. Yo he destacado la idea de la vista de pájaro en otras fuentes:

Igual que un ave que se desplaza por múltiples regiones, un estudio comparativo trata de ser una especie de vuelo, un movimiento cíclico sensible a los ritmos del entorno circundante. Abraza la similaridad tanto como la diferencia; se mueve entre una y otra con el mismo ritmo, pero con una serie de sutiles modulaciones, en función de la región que atraviesa.¹³

En este modelo de trabajo comparativo, el lector se convierte en un pájaro que, suavemente y con sensibilidad, pasa de una región a otra. Desarrollé esta idea cuando meditaba sobre los textos religiosos de los siglos XII y XIII de la tradición cristiana y la islámica, pero el concepto de perspectiva aérea puede aplicarse a cualquier enfoque global del mundo medieval.

La idea de una mirada dual o un cambio de enfoque ha sido desarrollada por Hans Belting en su obra sobre Florencia y Bagdad en el Renacimiento, donde indica:

Observar la cultura pictórica occidental a través de la lente de una cultura distinta sigue siendo una empresa llena de osadía, pero un posible resultado es que ambas se vean con mejor luz. Mi único objetivo a la hora de abordar este tema dual y discutir la cultura

renacentista y la árabe en un único contexto ha sido lograr ese *Blickwechsel*, una palabra que puede significar «cambio de enfoque», pero también «intercambio de miradas».¹⁴

Y continúa:

Mi intención era poner a ambas culturas una junto a otra, al mismo nivel, de modo que ninguna de las dos pudiera sobrevalorarse ni infravalorarse. Esta es la única forma de limitar o de contener el inevitable eurocentrismo que durante tanto tiempo ha caracterizado las opiniones occidentales de otras culturas.¹⁵

De modo que *Blickwechsel*, sea cambio de enfoque o intercambio de miradas, nos lleva a un punto de vista erudito que pone a las distintas tradiciones a un mismo nivel, y no a poner el foco en una cultura a costa de otra. En este libro sobre las lunas medievales quiero ampliar la idea de mirada dual, o intercambio de miradas, a la mirada múltiple: un intento de observar muchas regiones, tradiciones y culturas, y de observar muchas lunas.¹⁶ Esta es la principal metodología que aplicaré a la composición de los siguientes capítulos.

Esta mirada múltiple no siempre tiene que ver con la «influencia», y la influencia puede emplearse de un modo también problemático, eurocéntrico.¹⁷ Por otra parte, es cierto que algunas de estas culturas están relacionadas y que unas influyen en otras, incluidas aquellas que, podríamos pensar, no mantienen contacto. Es bien conocido que la literatura y la cultura árabes tuvieron una gran influencia en Occidente gracias a la obra de Peter Dronke, María Rose Menocal, Karla Mallette, Suzanne Conklin Akbari y Shazia Jagot, entre muchos otros.¹⁸ Hubo un proyecto de traducción a gran escala que logró la traslación de gran parte del conocimiento árabe sobre textos griegos a la lengua latina. El proyecto incluía comentarios importantes sobre Aristóteles (384-322 a. n. e.). Entre los autores árabes especialmente significativos que influyeron en el mundo occidental latino, están Averroes/Ibn

Rushd (muerto en 1198), Avicenna/Ibn Sīnā (muerto en 1037) y Abu Nasr al-Fārāī (muerto en 950).¹⁹ La influencia de los textos árabes también tuvo un gran impacto en la astrología y la astronomía. Los autores del mundo islámico que escribían en árabe y que contribuyeron a configurar las tradiciones latinas (y a interactuar con ellas) en materia de astrología y astronomía incluyen al judío persa Masha'allah (c. 740-815), conocido en Europa como Messahala; Abu Ma'shar al-Balkhi (787-886); Ahmet Abu Ja'far, conocido como Abugafarus (escribió su obra en los años 900); y Ḥasan ibn al-Haytham, conocido como Alhazen (c. 965-c. 1040). También son relevantes la Tabla de Esmeralda, que se origina como parte del *Kitāb Sirr al-Asrār* (*Libro del Secreto de los Secretos*), adaptado con el título de *Secreta Secretorum* (a partir del siglo x), y el texto andalusí *Ghāyat al-Ḥakīm* (*El propósito de los sabios*), traducido por Alfonso X el Sabio en 1256.²⁰ Por otra parte, existen muchas tradiciones que se exploran en este libro y que no necesariamente influyeron en otras, y es importante aclarar que la influencia no es un mecanismo por el que me rijo para hablar de la Edad Media global, además de no ser el único enfoque posible para conocer y estudiarla. Esto quedará claro cuando empecemos a leer nuestras historias sobre las lunas medievales.